

*HACIA UN MERCADO VERDADERAMENTE GLOBAL**

Rafael Termes

El lema del seminario en el que se me ha hecho el honor de participar, “Ciudadanía y Globalización”, pretende, a mi entender, poner de manifiesto la modificación en la estructura de la sociedad civil, que puede tener lugar a consecuencia de la mezcla poblacional que, tras la apertura de fronteras para la libre circulación de personas, produce la globalización.

Visto desde las sociedades occidentales, el fenómeno se llama inmigración y su magnitud tiene dos causas. Por parte de los inmigrantes, la perentoria necesidad de huir del subdesarrollo y pobreza, imperantes en sus lugares de nacimiento, en busca de un bienestar material que, al parecer, brindan las sociedades desarrolladas. Por el lado de éstas, la necesidad de asegurar el reemplazo generacional que la baja tasa de natalidad, en todas ellas, hace inviable en forma autóctona. Lo cual quiere decir que el futuro de nuestras sociedades occidentales es un futuro pluralista, desde el punto de vista étnico y cultural; y, a más o menos largo plazo, mestizo.

* Texto adaptado de la Conferencia pronunciada por el autor en Aranjuez el 12 de julio de 2004, en el Curso “Globalización y Justicia”, dirigido por el profesor Dr. Don Andrés Ollero Tassara, en la Universidad de Verano de la Universidad Rey Juan Carlos I.

Ante este hecho que, guste o no guste, es inexorable, caben dos posturas: la integradora y la multiculturalista. La primera tiende a la preservación de la identidad de los países de acogida, mediante la asimilación de las minorías inmigrantes en la cultura de los países del primer mundo. La segunda pretende que la llegada de los inmigrantes, en forma masiva, comporta un enriquecimiento cultural fruto de la pluralidad y diversidad, que, asentada en el interior del país, no tiene porque dañar la unidad del Estado frente al exterior.

El mismo hecho puede contemplarse desde el punto de vista constitucional, enfocando la alternativa entre el mantenimiento del pluriverso de Estados o la creación de un Estado Mundial. Este es el tema que aborda el profesor Josef Isensee en su artículo, cuya preferencia por la pluralidad de Estados en un mundo global, queda claro. Por mi parte voy a hacer unas reflexiones sobre la causa de estos presuntos impactos sobre la ciudadanía; es decir, sobre el fenómeno económico-financiero que conocemos con el nombre de globalización, cuyos aciertos y virtudes son mucho menos glosados que los pretendidos errores y vicios, que, en el marco de lo “políticamente correcto”, se atribuyen al modelo.

Y esto es lo que, modestamente, pretendo subsanar, haciendo ver que, contrariamente a lo que muchos dicen, en la globalización está la solución para salir, no de la desigualdad, que, en sí misma no es mala ya que estimula el desarrollo, sino de la pobreza que, desde luego, siempre es mala.

EL “PENSAMIENTO ÚNICO” Y EL “PENSAMIENTO UTÓPICO”

Pero para ello, tengo que asentar algunas tesis, empezando por recordar que desde hace algún tiempo, a la izquierda –socialistas y demás partidarios del constructivismo– le ha dado por calificar de “pensamiento único” al liberalismo económico. La verdad es que este calificativo, inventado con ánimo despectivo, en el fondo

acierta, ya que el pensamiento liberal es verdaderamente único, en el sentido de que, si se aplica correctamente, es el “único” capaz de producir riqueza y bienestar para el mayor número de las personas que componen la raza humana, liberando de la pobreza a aquellos que forman parte de los países atrasados.

De aquí que, deseando el bienestar de los países en desarrollo, por lo menos tanto como los “progresistas” dicen desear, no pueda sumarme al pensamiento socialista o constructivista, que, por su distanciamiento de la realidad, hay que calificar de “utópico”; y, en mi condición de liberal iusnaturalista, me adhiera a la convicción de que, “con excepción del mecanismo a través del cual el mercado competitivo procede a distribuir los ingresos, no existe ningún método conocido que permita a los diferentes actores orientar sus esfuerzos al objeto de obtener el mayor producto posible para la comunidad”. Y lo afirmo sin rubor, porque prefiero ser partidario del “único” pensamiento que funciona, a militar en la inoperancia del “pensamiento utópico”.

En los últimos tiempos, los adictos al “pensamiento utópico” han escogido la globalización como blanco de todas sus iras. Utilizando a cierta clase de ONGs, interesadas, según pregonan, en la defensa de los países pobres, con ayuda de gente armada de pancartas y objetos contundentes, se encargan de reventar las reuniones de la Organización Mundial del Comercio (OMC), del FMI y el Banco Mundial, para oponerse a la globalización que, según el abanico de organizaciones congregadas, sirve para sumir más en la miseria a los países pobres, cuando en realidad es exactamente al revés.

LA GLOBALIZACIÓN Y SUS EFECTOS

En efecto; la globalización, bestia negra de los “progresistas”, no es una ideología, sino un fenómeno económico-financiero a consecuencia del cual la libre circulación transnacional de bienes,

servicios y capitales se va haciendo mayor y cada vez más intensa, gracias, por una parte, a los avances tecnológicos; y gracias, por otra parte, a la deliberada decisión de los gobiernos nacionales en orden a la liberalización de los intercambios. Lo cual no quiere decir que la globalización, como cualquier otro hecho físico, económico, financiero, político o social, no pueda producir efectos beneficiosos o perjudiciales para las personas afectadas por el hecho en cuestión. Dependerá de la manera como se aplique y de la intensidad con que se aplique.

La globalización, tal como ha quedado definida, empezó hacia 1850 y, tras el paréntesis debido a las dos guerras mundiales, prosiguió, especialmente desde 1950, y actualmente se acelera, a consecuencia, sobre todo, de los nuevos avances tecnológicos, ahora en el campo de la comunicación y la información, lo que permite la apertura de nuevas vías para la organización de las empresas a escala mundial, con mayor eficiencia e integración internacional.

Y ahora viene la pregunta pertinente. ¿Cuál ha sido el efecto de la globalización sobre el bienestar de las personas? Aceptando, en primera aproximación, que la mejora del bienestar material depende del crecimiento económico, para responder a la pregunta formulada será bueno ver cómo ha evolucionado el PIB per cápita, a lo largo de la globalización de la economía, en los países que han podido participar en el proceso. Pues bien, en dichos países, la experiencia histórica demuestra que en los períodos de globalización el crecimiento del PIB per cápita ha sido más elevado que en los períodos de proteccionismo. De 1820 a 1870, el crecimiento medio anual del PIB per cápita fue de 0,9 por ciento. Entre 1870 y 1913, la primera globalización lo subió al 1,4 por ciento anual. Entre 1914 y 1950 cayó al 1,2 por ciento, y entre 1950 y 2000 la segunda globalización lo ha vuelto a subir, alcanzando el 3 por ciento anual.

Sí, pero –dicen los vociferantes antisistema– la diferencia entre la renta per cápita de los países ricos y la de los países pobres se

ha ido agrandando a medida que la globalización avanzaba. Es cierto, y este hecho nos servirá para sacar conclusiones constructivas. Pero antes, me parece oportuno precisar que, como ha afirmado Juan José Toribio, profesor del IESE, en primer lugar, nadie ha podido demostrar convincentemente que la globalización sea la causa del aumento de la desigualdad, y, en segundo lugar, que equiparar desigualdad con pobreza supone un grado notable de confusión mental y un desconocimiento no menos sorprendente de la historia económica. Lo que importa no es reducir las diferencias de renta; lo que importa es la reducción de la pobreza. Y la verdad, sigue diciendo el profesor Toribio, es que la globalización, y en general la economía de mercado, lo está haciendo bastante bien. En 1950 el ochenta por ciento de la población mundial era pobre de solemnidad; hoy todavía lo es el treinta por ciento, una proporción muy alta, pero cincuenta puntos inferior a la vigente al inicio del proceso globalizador.

LOS PAÍSES POBRES Y LA GLOBALIZACIÓN

¿Pero cómo –seguimos preguntándonos– reducir, hasta hacerla desaparecer, la pobreza que afecta a los países que llamamos del Tercer Mundo? Pues, sencillamente, haciendo entrar a estos países en la globalización, cuyos benéficos resultados son patentes, como acabamos de señalar, para todos aquellos que han podido participar en ella. Porque el principal problema de la globalización es que “es escasamente global”. Son, en efecto, todavía demasiados los países que no participan en la globalización, y ésta y, no otra, es la causa de su atraso y nivel de pobreza. Así lo reconocía Trevor Manuel, Ministro de Hacienda de África del Sur, quien, hablando en Davos el pasado 26 de enero, afirmaba que “una de las cosas que es preciso entender es que hay una gran diferencia entre los países que entraron en la globalización y aquellos que no lo han hecho”. Añadiendo que “en el Continente

Africano son demasiados los países que han sido excluidos de la globalización”.

Y ¿cómo conseguir que los países menos desarrollados entren en la globalización, que es el único remedio para hacerles salir del subdesarrollo?. En mi opinión, por dos principales caminos. El primero es la inversión extranjera en proyectos industriales, por parte de empresas privadas de los países desarrollados, utilizando la compra de deuda externa del país o, directamente, sin recurrir a este expediente. La bondad que tiene esta fórmula, con preferencia a la que sugiere entregar fondos a los gobiernos de los países en desarrollo, para que sean los políticos los que regenten la inversión, es que, además de evitar el riesgo de la malversación de fondos, se deduce del principio de subsidiariedad, tan reiteradamente proclamado por el Magisterio de la Iglesia Católica, según el cual lo que pueda hacer la iniciativa privada no deben hacerlo los gobiernos.

El otro camino para cooperar eficientemente al desarrollo de los países atrasados es la apertura de los mercados de los países industrializados a las exportaciones de los productos en los que los países pobres gozan de ventajas competitivas. Ésta no es tarea fácil, ya que tropieza con los intereses de los grupos de presión de los países desarrollados, que pretenden protegerse de la competencia de los países pobres, poniendo vallas a la importación de sus productos. Y tropieza, sobre todo, con la hipocresía de los gobiernos y de las organizaciones sindicales, que escudándose en razones de incumplimiento de las normas sobre trabajo infantil, horarios laborales y demás reglamentaciones, legislan a favor de las exigencias de los grupos industriales, comerciales o agrícolas, cuyos votos quieren conservar. De esta forma, olvidando que, por ejemplo, los niños de estos países lo que necesitan es sobrevivir, alfabetizarse y poder acceder a una mayor formación, con la pretensión de protegerles contra la explotación infantil, lo que hacen los países desarrollados es perpetuarles en la miseria, aunque lue-

go, para justificarse, harán como que la remedian con dádivas en dinero o alimentos.

Se podrá decir que es inútil abrir las barreras a países que no tienen capacidad exportadora. Pero no es verdad que no la tengan. En primer lugar, podrían exportarnos, si no se lo impidiéramos, sus productos agrícolas y sus materias primas. Si permitiéramos que Ecuador nos exportara sus plátanos, tendríamos menos inmigrantes ecuatorianos ilegales. Pero no les dejamos, para proteger de la competencia a nuestros agricultores y demás sectores afectados, que constituyen importantes bolsas de votos para los partidos que quieran permanecer o acceder al gobierno de nuestros desarrollados países. Entre ellos, los europeos, que, dicho sea de paso, han diseñado y sostienen la política agraria común (PAC), que, sin exageración, puede calificarse como una de las mayores irracionalidades económicas de nuestro siglo, para proteger y subvencionar a los agricultores, al dictado del extravagante José Bové, uno de los estandartes contra la globalización, al tiempo que esta política agraria común impide la entrada en el mercado europeo de los productos de África subsahariana.

LIBERTAD ECONÓMICA Y DESARROLLO

Ahora bien, para que los países pobres puedan entrar en la globalización no basta con que nosotros no lo impidamos, ni basta tampoco con que haya alguien dispuesto a invertir en ellos. Es preciso que estos países tengan derechos de propiedad bien definidos y protegidos por la ley; estabilidad monetaria y presupuestaria; fiscalidad no confiscatoria; mercados de factores y de productos no intervenidos; libertad de comercio y de movimientos de capital; y un Estado limitado pero fuerte, garante de la paz interna, del imperio de la ley y de los derechos individuales. En una palabra: libertad económica.

Porque está empíricamente probado que los países con mayor libertad económica presentan tasas más altas de crecimiento económico a largo plazo y tienen ingresos per cápita mayores que los países con menos libertad. En consecuencia, los países más libres son más prósperos y cuentan con mejores niveles de vida, lo cual, desmontando la anticuada dialéctica Norte-Sur, demuestra que la distribución mundial de la prosperidad y el nivel de vida no dependen de la ubicación geográfica y ni siquiera de la riqueza natural de los países, sino esencialmente del grado de libertad económica.

Para apoyar esta afirmación, citaré tan sólo el aleccionador caso de Botswana y Zimbabwe, dos países subsaharianos, vecinos, ambos antiguas colonias de Gran Bretaña, independizados en 1966 y 1980 respectivamente y ambos ricos en minería. La diferencia está en que Botswana, desde su independencia ha estado regida ininterrumpidamente por gobiernos civiles que han practicado una economía mayormente liberal, con un lugar en el ranking de libertad económica que le coloca poco detrás de Portugal y por delante de Francia. Por el contrario, en Zimbabwe, además del desorden político, impera un sistema altamente intervencionista que le coloca en la cola del ranking de libertad económica, sólo por delante de Cuba, Corea del Norte, Angola, Burundi, República Demócrata del Congo, Irak y Sudán. Las consecuencias de ambos sistemas son que en Botswana, gracias a la atracción de inversores extranjeros, el PIB en el último quinquenio ha crecido al 6,4% anual, con una RNB per cápita, en 2001, de 3.630 dólares, en términos absolutos, ó 8.810 dólares en términos de paridad de poder de compra (PPC). En cambio en Zimbabwe, no sólo no hay inversión extranjera, sino que los capitales privados se están fugando del país, el crecimiento del PIB se limita al 0,2% y la RNB per cápita es de 480 dólares, en términos absolutos, ó 2.340 dólares, en términos PPC; es decir, la cuarta parte, en poder de compra, de la de Botswana.

Ante esta evidencia, resulta totalmente inoportuno el exabrupto de Geoffrey Foster, miembro de una ONG presente en los debates de este año en Davos, quien, hablando en nombre de Zimbabwe, en la sesión sobre “Globalización, pobreza y desigualdad”, exclamaba: “El argumento sobre si la pobreza ha disminuido o se ha incrementado es irrelevante. Déjense de debates académicos y tomen definitivas acciones para aliviar la pobreza y también la desigualdad”. Pienso que está claro que quien debe emprender estas acciones no son las organizaciones internacionales a las que Foster se dirigía, sino el propio Estado de Zimbabwe y en especial su Presidente, el dictador Robert Mugabe, a fin de evolucionar hacia un régimen democrático, suprimiendo el intervencionismo corrupto imperante y otorgando a los ciudadanos los derechos individuales, incluidos los de propiedad, libertad de expresión, libertad de iniciativa para emprender y libertad para elegir a sus representantes.

De cualquier forma, lo que importa retener es que, si bien dentro de África Subsahariana existen países, como Botswana, Namibia, Malí y Benin, que destacan por su tendencia a la economía de mercado, lo que les proporciona una situación de prosperidad y nivel de vida superior al resto de los países de la zona, África Subsahariana, en su conjunto, es el área económicamente más intervenida del mundo, y consiguientemente, la más pobre. Sin embargo, esta pobreza no se debe a la falta de la tan reclamada como ineficaz ayuda extranjera, ya que la asistencia económica a los países de África Subsahariana, en términos de subvenciones per cápita, es la más alta del mundo. Las causas de su pobreza son la falta de libertad económica que se refleja en las políticas que dichos países se han impuesto y la enorme corrupción sistémica de la mayoría de ellos. Por consiguiente, los países pobres del mundo sólo lograrán alcanzar una prosperidad y un crecimiento económico verdaderos cuando sus gobiernos brinden una mayor libertad económica a los ciudadanos y descubran el poder imponente que ofrece el mercado libre.

Pienso que estos países, en contra de todos aquellos que pretenden protegerlos y lo que hacen es impedir su desarrollo, están entrando en la realidad y empiezan a considerar la globalización como lo que es: una esperanza de mejora. Así se pudo comprobar en Davos, en febrero del año 2002. Durante una cena de líderes africanos, un dirigente de una ONG preguntó en voz baja al presidente de Senegal, Abdoulaye Wade, que cómo pensaba aliviar los males que la globalización estaba causando en su país. Su sorpresa fue mayúscula cuando Wade contestó: “¿qué globalización?, ¡la globalización todavía no ha llegado a África y mi gobierno está haciendo todo lo posible para que llegue pronto y podamos beneficiarnos de ella!”. Y en el Foro de este año pudo detectarse la presencia de los Presidentes de Tanzania, Benjamín William Mkapa; de Ruanda, Paul Kagame; de Mozambique, Joaquim Alberto Chissamo, así como la de Kader Asmal, Ministro de Educación y de Alec Erwin, Ministro de Comercio e Industria, ambos de Sudáfrica. Estos personajes, aunque sin dejar de reclamar el alivio de la deuda externa —que, desde luego, no constituye la solución del problema— pidieron a los países desarrollados “la reducción de los subsidios agrícolas a fin de facilitar el acceso de nuestros productos a sus mercados”, insistiendo en que “mientras Europa y América inunden el mercado de azúcar subsidiado, impedirán que África sea capaz de competir en el mercado global”. “Dejadnos —dijeron— competir limpiamente en el mundo global”. Y acabaron suspirando por el “*año de la salvación de África*”, construido por nosotros mismos, no según los designios de otros”.

EL PAPEL DE LAS TRANSNACIONALES

Pero para lograr que estos deseos se conviertan en realidad, es preciso que las empresas transnacionales, que son los agentes de la globalización, comprendan que, si cambian sus modelos de producción y distribución para adaptarlos a las características y

posibilidades de estos pueblos, cosa que algunas ya han hecho, los países pobres pueden convertirse en mercados muy rentables, como lo prueban ciertas experiencias, entre otras, en la India y en Sudáfrica. Partiendo de este supuesto, lo importante es que las empresas transnacionales, habiendo negociado con el gobierno del país de destino las condiciones administrativas, legales y fiscales, implanten negocios que crearán puestos de trabajo y generarán salarios para los nacionales, al tiempo que, si se trata, como será en un buen número de casos, de la producción de bienes destinados a la exportación, darán lugar al ingreso de divisas, mejorando la balanza comercial del país. De esta forma, el país, por sus condiciones en materias primeras y mano de obra, se irá convirtiendo en un lugar atractivo para la inversión extranjera permanente, por parte de las empresas que, en un mundo globalizado, buscan oportunidades de expansión.

Es cierto que la experiencia dice que las empresas privadas de los países desarrollados no se animan a la inversión directa en países donde la calidad del capital humano no ha alcanzado un cierto nivel. Pero ésta es una razón, no para desistir, sino para crear en estos países instituciones docentes y sanitarias, gobernadas por profesionales de los países de las empresas inversoras en capital directo, las cuales, estando interesadas en la mejora de la calidad de los recursos humanos, pueden ser las promotoras y financiadoras de estos proyectos culturales que, si están bien concebidos, pueden incluso ser rentables.

En resumen, que, en vez de oponerse a la globalización porque está proporcionando beneficios sólo a los países que participan en ella, agravando la diferencia entre los países globalizados y los no globalizados, lo que hay que hacer es extender la globalización al mayor número de países, no sólo desmontando el egoísmo de los países ricos que cierran sus fronteras a los productos de los pobres, sino intentando por todos los medios posibles que estos países pobres cambien sus modelos de organización socio-política para, optando por la economía de mercado, poder entrar en la globalización.

